

Don Miguel Rojo Sierra

Ha muerto don Miguel Rojo, ha muerto como le gustó vivir, de madrugada, escribiendo en su biblioteca.

No era un hombre de este tiempo. Nunca habría hecho el más mínimo esfuerzo por entender la distribución de los créditos ni se hubiera preocupado por la diferencia entre troncales y obligatorias o entre optativas y de libre configuración. Y este hecho, que podría parecer una simple anécdota, no lo es si tenemos en cuenta su concepción de la vida, de lo esencial y de lo que sólo es accesorio. Y para él lo esencial era la enseñanza, el magisterio. Recuerdo las clases en Granada, donde apenas podíamos sentarnos porque los asientos estaban ocupados por alumnos de otras facultades que acudían al reclamo de su magisterio. No importaba si llegaba tarde o si se extendía, nadie se levantaba.

En la última conversación que mantuve con él, ante mi extrañeza de que diese unas conferencias a una determinada asociación que yo no consideraba muy pertinente, él hizo la reflexión de que era un docente y que por consiguiente enseñaría sus conocimientos allá donde se lo pidieran, sin reparar en ideologías o nivel de formación.

Vino en ese instante a mi memoria el recuerdo de aquel encuentro donde él me aceptó como discípulo. Fue en Granada, en un piso de la calle Manuel de Falla, donde tenía su consulta. Transcurría el año 1962, era un sábado por la tarde y aunque no recuerdo el mes, sé que hacía calor y los días eran largos. Me había citado a las cuatro y media, llegó bien pasadas las cinco, no me extrañé ni me importó, pues yo seguía repasando, iba a ser examinado de Psicopatología y tenía entre las manos el texto de Jaspers. Se excusó por haber llegado tarde, no supe contestar e inmediatamente dio comienzo la prueba, creo que me preguntó todo, o al menos eso me pareció a mí. Hacía tiempo que habían dado las 10 de la noche, me encontraba exhausto y al borde de la rendición total, cuando sonó el teléfono. Era María Luisa para recordarle que habían quedado a cenar con otros matrimonios amigos y se estaba haciendo tarde. Él me pidió disculpas por tener que concluir tan pronto el examen, mientras tanto yo sólo tenía gratitud a la bendita María Luisa y a su llamada salvadora. Me había dedicado algo más de cinco horas de un sábado por la tarde, a mí, un estudiante de tercero al que además permitiría hacer historias en su consulta.

Cuánto me hubiera gustado tener esa vocación docente y ser capaz de tener esa entrega al magisterio. Por ello todavía resuenan en mí sus palabras: *enseño lo que sé a quien me lo pide*.

No era un hombre de este tiempo; se habría indignado ante el tema del impacto y los tramos de investigación para poder opositar o incluso juzgar. Para él lo importante no eran tanto los hechos como los valores. Sus trabajos de investigación eran sólo una justificación para buscar su verdad. La vida, su vida, era un constante encontrarse, conocerse. La búsqueda de sí mismo fue una absoluta constante en su biografía, de ahí que cuando me dijo el pasado febrero que había acabado su último libro «El hombre cósmico» y que ya no tenía nada que contar un escalofrío recorrió mi interior.

Por fortuna han sido muchos los escritos que nos ha dejado. Si los leemos con atención podremos ver que junto a sus profundos y extensos conocimientos de Psicopatología y de clínica psiquiátrica hay toda una concepción de la vida, una doctrina de vida que nos ha legado a modo de camino iniciático. En ese sentido podemos valorar mejor su modelo de campo etiopatogénico para el diagnóstico individualizado del enfermo concreto. Es un modelo que integra las diferentes realidades de cada individuo, sus acontecimientos pero también sus valores, lo que le ha sido dado y por lo que ha optado. Lo biológico, lo psicodinámico y lo cultural tienen su cabida en este modelo sin perder la más mínima esencia cada una de esas realidades. Es un modelo que intenta integrar la complejidad de los acontecimientos y por tanto mucho más abarcador que el modelo de vulnerabilidad tan al uso en la actualidad. En contrapartida al campo etiopatogénico están los niveles de conciencia. El primero sistematiza todo lo que puede afectarme, desde mi genética hasta la influencia cultural en la que estoy inmerso; con los niveles de conciencia me señala mi particular forma de percibir, interpretar y por tanto vivir con mayor o menor complejidad la realidad que me rodea. Uno es centrípeto, viene de fuera a mí, el otro centrífugo, parte de mí hacia el mundo que me rodea. Uno lo sufro, es pasivo, sólo falta saber hasta dónde puedo mantener mi inestable equilibrio. El otro lo tengo, puedo modificarlo desde mi interior, es una forma activa de relacionarme con mi mundo interno y externo, es una forma de llegar a ser, es la atalaya desde la que puedo regir o al menos otear mi destino.

No era un hombre de este tiempo. Aprendía tanto como enseñaba. Enseñaba más que explicaba. Era maestro más que profesor. Necesitaba transmitir conocimientos vivos más que aprendidos. Necesitaba de discípulos más que de alumnos. Un buen maestro es el que eleva a sus discípulos por encima de uno mismo, me comentó en más de una ocasión. Y eso no es de estos tiempos.

No era un hombre de este tiempo, por ello no se entendió con el tiempo: ni con el cronometrado ni con el que le tocó vivir.

Era un hombre que quería ser hombre y enseñaba a serlo, tenía como parámetros la verdad y la libertad. Era un maestro que creó escuela y tuvo discípulos, teniendo como principios la entrega y el respeto. Deseo de todo

corazón estar en algo por encima de él, porque esa sería mi ofrenda, su triunfo.

Ha muerto Miguel Rojo un *Maestro* un *Hombre*. Descanse en paz.

José Giner Ubago